

## **El alejamiento cronológico entre el original y su traducción: Perspectiva histórica**

*M<sup>a</sup> José Hernández Guerrero*  
*Univ. de Málaga*

En ocasiones, la traducción de una obra literaria suma a los numerosos problemas que plantea un trabajo de esa envergadura, uno, en concreto, que viene dado por el transcurso del tiempo que se ha producido entre la redacción del original y su traducción. Nos referiremos en estas páginas a esta dificultad añadida que supone el trasladar una obra de siglos anteriores al momento actual, y cómo, a lo largo de la historia, ha sido enfocada esta cuestión.

El salto cronológico entre el texto fuente y el texto traducido ha sido un escollo ante el que han chocado no pocos traductores. Sus criterios y sus soluciones para salvar ese obstáculo han quedado reflejados tanto en sus propios trabajos como en los comentarios y prólogos que a ellos se referían.

De igual modo, aunque de manera más reciente, los teóricos de la traducción se han interesado por ese aspecto del fenómeno traslativo y lo han recogido entre sus ideas y postulados.

En el fondo de todas las circunstancias que rodean este aspecto de la traducción se halla la naturaleza misma de la obra literaria. Sin entrar en el debate sobre su intraducibilidad, ni en otras cuestiones que ha suscitado su carácter específico, nos detendremos, eso sí, en su aspecto sincrónico. La obra literaria, lejos de ser un producto aislado e inconexo, pertenece a un momento histórico y cultural muy concreto. Esto no hace más que aumentar las dificultades cuando se intenta traducirla a la lengua de una sociedad y de un tiempo diferentes al suyo propio. Ya el sacarla de su espacio habitual, es

decir, de su mundo y de su idioma, supone una tarea ardua y compleja, para algunos de imposible factura. Pero si a ello unimos el cambio de época que ha originado el paso de los siglos, esta labor se vuelve doblemente difícil.

La incidencia del tiempo sobre el proceso traslativo ha sido un factor que algunos teóricos de la traducción han tenido en cuenta a la hora de establecer los principios que intervienen en toda versión. La brevedad que se exige a estas páginas nos impide hacer un balance exhaustivo de todos aquéllos que han abordado esta cuestión, y por ello citaremos únicamente a algunos de los que la han incluido entre sus planteamientos.

Entre los primeros en incluir el factor tiempo en los argumentos de la teoría de la traducción se encuentra Georges Mounin. En *Les Belles infidèles* Mounin hablaba de una distancia tripartita entre el texto fuente y el texto traducido. La distancia era debida, en primer lugar, a las diferencias entre las lenguas en juego; en segundo lugar, a las diferencias existentes entre civilizaciones, y, por último, debido a la coloración histórica del siglo del que procedía el texto a traducir. Es decir, el alejamiento en el tiempo de la obra original pasaba a ser considerado como uno de los factores que dificultaban y separaban a original y traducción.

George Steiner, por su parte, en *Después de Babel, Aspectos del lenguaje y la traducción* reconoce que "toda traducción efectúa un traslado del pasado al presente". Lo que Steiner denomina "desplazamiento hermenéutico", comporta una fase, "la hermenéutica de la importación", que "no sólo se ubica en la frontera lingüística y espacial; también exige un desplazamiento en el tiempo" (1). Steiner plantea este alejamiento temporal entre el texto fuente y su traducción desde una doble vertiente: no sólo el paso de los años provoca esa distancia, sino que también el propio traductor, por su tendencia a utilizar una lengua clásica, y a recurrir a una gramática y a un léxico anteriores a los de su tiempo, participa en la creación de ese salto temporal.

También para Maurice Pergnier el desplazamiento en el tiempo es uno de los factores a tener en cuenta en el complejo mecanismo de la traslación. En *Les Fondements sociolinguistiques de la traduction*, al establecer los parámetros que participan en la transmisión del mensaje, Pergnier enumera estos cuatro: "émetteur", "objet", "destinataire" y "vecteur", siendo éste último "les conditions de temps et d'espace"

(2); se le confiere así al factor tiempo un lugar de importancia dentro de los elementos componentes del proceso traslativo.

Más recientemente, Hurtado Albir, se hizo eco de esta cuestión en su obra *La Notion de fidélité en traduction*. Los problemas planteados por el distanciamiento temporal entre original y traducción se trataban bajo la denominación de "historicité" a lo largo de un capítulo donde se analizan las diferentes versiones que de una misma obra se han hecho en el transcurso de los siglos. Cada nueva traducción supone una actualización de la obra original que la acerca a sus lectores potenciales, y que, al mismo tiempo, es fruto de su propio momento histórico.

De una manera general, esta cuestión del alejamiento cronológico entre texto fuente y texto traducido ha preocupado, y continúa haciéndolo, a todos aquellos que de forma teórica o simplemente práctica, concentran sus esfuerzos en el ámbito de la traducción. Las obras teóricas que acabamos de citar son un ejemplo de cómo los estudiosos del fenómeno traslativo han recogido esta cuestión en sus argumentos. Pero aparte de los traductólogos, otro grupo importante, los propios traductores, ha podido constatar, a través de la práctica de su trabajo, que el distanciamiento temporal entre original y traducción constituye ciertamente un factor a considerar al realizar una versión.

Un repaso a la historia de la traducción y a los trabajos de los traductores de todos los tiempos nos muestran criterios y soluciones bastante contradictorios. A pesar de que sus tendencias son muy variadas a la hora de salvar las barreras cronológicas entre texto fuente y texto traducido, éstas se podrían enmarcar en dos grandes corrientes: o bien el traductor se esfuerza en dar un cierto sabor añejo a su versión para que ésta reproduzca en parte la lengua del original, o bien se olvida del tiempo y se centra en ofrecer a sus lectores un texto asequible, cuya lengua es la de su época.

Estas dos tendencias, al fin y al cabo, responden a esas dos grandes vías que en su tiempo perfilara Schleiermacher (y, posteriormente, Ortega y Gasset), a saber, la vía que conduce al lector hacia el autor y la vía que lleva al autor hacia el lector. El problema del alejamiento temporal entre original y versión participaría, pues, de esa doble polaridad entre la que oscila toda empresa de traducción. Cuando el traductor se inclina por colorear su texto con fórmulas del pasado para conducir a los lectores hacia el original traducido, o cuando, por el contrario, acerca dicho original al medio idiomático al

que se vierte, está tomando partido por una de las dos alternativas que se le ofrecen.

Pero al dividir en estas dos grandes tendencias las soluciones dadas por los traductores al problema del salto cronológico entre original y versión, se simplifican enormemente las cuantiosas experiencias traslativas que han visto la luz a lo largo de la historia.

En realidad, estas soluciones son tan variadas y numerosas como traductores ha habido, pues han sido siempre éstos últimos los que, frente a una versión de una obra del pasado, han impuesto su propio criterio y su respuesta personal. De esta manera encontraremos, en nuestro recorrido por los trabajos de los traductores de todos los tiempos, los recursos más variados y más opuestos.

Los ejemplos son múltiples. En el siglo XIX Emile Littré tradujo *La Iliada* al francés del siglo XIII y, más tarde, en 1879, *La Divina Comedia* en "langue d'oïl", una lengua contemporánea de Dante y que éste último llegó a conocer. El principio que guió a Littré en estas versiones fue que la lengua de la traducción debía corresponderse cronológicamente con la del original, y, en caso de no ser posible, con la de un periodo anterior. De ahí que utilizase "l'ancien français" para *La Iliada*, y para *La Divina Comedia* buscarse una lengua contemporánea al italiano de Dante. De esta manera Littré esperaba salvar el salto en el tiempo.

Pocos años más tarde, otro escritor y traductor francés, Marcel Schwob, intentaba algo similar. En sus dos traducciones de Shakespeare –*Hamlet* (1897) y *Macbeth* (1902)– Schwob se propone reproducir el francés del siglo XVI, es decir, retrocede cronológicamente tres siglos para traducir al gran dramaturgo inglés como lo hubiese hecho uno de sus contemporáneos. Justifica así sus planteamientos:

Les critiques d'ici n'ont point songé que le style su XVII<sup>e</sup> siècle n'est plus celui d'à présent. Mettre une période de Shakespeare à la mode d'aujourd'hui, ce serait à peu près vouloir traduire une page de Rabelais dans la langue que parlait Voltaire. Nous avons taché de ne pas oublier que Shakespeare pensait et écrivait sous Henri IV et Louis XIII (3).

Estas dos experiencias, la de Littré y la de Schwob, constituyen un caso extremo poco corriente como solución al problema del paso del tiempo entre original y traducción. Sus trabajos llevan hasta sus

últimas consecuencias ese acercamiento del lector hacia la lengua del autor que constituía uno de los dos polos del proceso traslativo.

En el otro extremo de la balanza se encuentran aquellas otras versiones que olvidan la fecha del texto fuente y lo vierten a la lengua del momento de la traducción. Así, frente al *Hamlet* de Schwob, que reproducía el francés del siglo XVI, tenemos el *Hamlet* de André Gide, escrito en un perfecto francés del siglo XX. Las dos versiones son de gran calidad y se oponen, precisamente, por la óptica diferente de sus creadores.

En realidad, no existe una norma escrita que guíe a los traductores en su andadura y cada uno aplica su propio criterio. Sin embargo, hay un hecho constatable: en sus versiones emplean estilos del pasado. Dice Steiner a este respecto:

Maquinalmente o de manera explícita, proclamando sus intenciones, o casi subcientemente, el traductor escribirá recurriendo a un léxico y a una gramática anteriores a la de su tiempo (4).

Actualmente, ante esa doble dirección autor/lector, la balanza parece haberse inclinado del lado del lector y las nuevas versiones le acercan a su lengua las obras que se escribieron siglos atrás. Son muchas las voces que se pronuncian a favor de esta vía. García Yebra, por citar un ejemplo, afirma al respecto:

...diré sólo que el objeto de la traducción literaria, lo que debe ser tra-ducido, tras-ladado, "llevado al otro lado" no son los lectores de la traducción, sino la obra original. Es ésta la que debe pasar a la lengua de sus nuevos lectores. Y cuanto más se ajuste al carácter de esta lengua, *ceteris paribus*, tanto mejor será la traducción (5).

Parece ser ésta también la opinión generalizada entre los nuevos traductores. Federico Corriente en su traducción al español de *Las Mu'allaqat*, escritas en árabe preclásico, comenta su posición personal ante el problema planteado por el alejamiento en el tiempo del original: "Por lo demás, afirma, el idioma en que damos esta traducción es tan claro y moderno como nos ha sido dado lograr, rehuendo términos desusados, (...) lo que obligaría al lector a recurrir frecuentemente al diccionario, resultado que nos parece demasiado paradójico al tratarse de una traducción" (6).

Pero más adelante precisa: "Lo cual no significa que forzosamente hayamos empleado un estilo conversacional, ni siquiera siempre el ordinario en el español escrito de nuestros días, y ello por varias razones, entre ellas el parecernos inapropiado brindar vino añejo y generoso en vasos para gaseosa" (7).

De esta manera el traductor se inclina por actualizar para sus lectores la lengua de la traducción, y al mismo tiempo conservar el tono clásico de la obra original alejándose de la lengua ordinaria. Esta inclinación de los traductores a utilizar una lengua más clásica y menos usual en sus versiones es una práctica que se aconseja hoy en día para la traducción de obras del pasado.

Esta parece ser la tendencia más común y a la que más se recurre. Consiste, por un lado, en utilizar la lengua del momento de la traducción y, por otro, en teñirla de un cierto "tono arcaico" que dé la ilusión del pasado en las obras que nos vienen de siglos atrás. Hurtado Albir así lo recomienda para estos casos concretos:

...il est souhaitable de trouver un ton *archaïssant* (ce qui ne veut pas dire inintelligible ou difficile à comprendre) pour des traductions de textes anciens, afin de leur donner un certain caractère d'ancienneté du point de vue stylistique, qui les approche de l'original (8)

Se llega, de esta forma, a un equilibrio entre las dos posturas contrarias que habían predominado en la historia de la traducción. Esta solución intermedia al alejamiento temporal entre texto fuente y texto traducido se revela bastante efectiva por cuanto permite que la obra literaria original llegue a los nuevos lectores, y que, a la par, éstos sientan que se hallan ante un texto del pasado.

## Notas

1. George Steiner (1981), *Después de Babel, Aspectos del lenguaje y la traducción*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 382.
2. Maurice Pergnier (1978), *Les Fondements sociolinguistiques de la traduction*. Paris: Librairie Honoré Champion, p. 55.

3. Marcel Schwob (1985), Prólogo de *Hamlet, Oeuvres complètes*. Genève-Paris: Slatkine Reprints, Tomo VII-VIII, p. XXV.
4. George Steiner, *op.cit.*, p. 391.
5. Valentín García Yebra (1990), *En torno a la traducción*. Madrid: Gredos, p. 173.
6. Federico Corriente (1974), *Las mu'allaqat: antología y panorama de Arabia preislámica*. Madrid: Instituto hispano-árabe de cultura, p.13.
7. *Ibidem*, p. 13.
8. Amparo Hurtado Albir (1990), *La Notion de fidélité en traduction*. Paris: Didier Erudition, p. 173.